



A1807 (A1808)

27/10/2003

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL FORO DE LA NUEVA ECONOMÍA ORGANIZADO POR *THE WALL STREET JOURNAL EUROPE* Y NUEVA ECONOMÍA FORUM

Barcelona, 27-10-2003

Muy buenas tardes, señoras y señores,

En primer lugar, con su permiso, quiero agradecer al "Wall Street Journal Europe" y al Foro de la Nueva Economía que me den, una vez más, la oportunidad de compartir con todos ustedes una serie de consideraciones sobre los retos que nos plantea la actualidad política y económica en España y en el mundo.

En estos años he procurado siempre que el Gobierno sea predecible, que anuncie lo que va a hacer, que cumpla sus compromisos y que se explique siempre.

Hace aproximadamente un año quise llamar su atención sobre el hecho de que la prosperidad que hemos sabido ganar en los últimos años deriva esencialmente del valor de la confianza que entre todos, Administraciones y responsables públicos, pero sobre todo la propia sociedad, hemos construido. La confianza en las instituciones me parece a mí que es un requisito esencial para el progreso y por eso hemos querido contribuir a esa confianza mediante la estabilidad política, institucional y financiera.

Pretendo que mi intervención de hoy sea precisamente una explicación, desde mi punto de vista personal, como no podía ser de otra manera, de los frutos que, en términos de cambio y de modernización, hemos conseguido de una política basada en la estabilización y en la confianza.

Permítanme, sin embargo, y ustedes me comprenderán, que antes de entrar en materia me refiera a una cuestión previa; una cuestión que nos afecta a todos los ciudadanos de España y a la que me hubiera gustado no haber tenido que hacer referencia nunca. Se trata, claro está, de la iniciativa de ruptura política presentada por el Gobierno vasco el pasado sábado.

Sería por completo legítimo que el Gobierno vasco hubiera presentado una propuesta de reforma de su Estatuto de Autonomía según el procedimiento previsto en el propio Estatuto. Sería también legítimo que el Parlamento vasco hubiera presentado una propuesta de reforma constitucional siguiendo las normas previstas en la propia

Constitución. Pero lo que el pasado sábado presentó el Gobierno de la Comunidad Autónoma vasca es otra cosa. Se dice que es una reforma del Estatuto, pero es en realidad una ruptura con la Constitución, una revisión destructora de la Constitución.

Se trata, por tanto, de una iniciativa unilateral de ruptura constitucional que pretende imponerse sin el mínimo respeto a las reglas del juego. Se trata de una iniciativa unilateral, de la que se anuncia que se culminará en todo caso, se apruebe o no se apruebe. La decisión está tomada y al nacionalismo vasco le dan igual tanto los cauces como las opiniones.

Se trata de una iniciativa unilateral que se propone sabiendo que sólo sería aprobada en el Parlamento vasco con el apoyo, dentro y fuera de la Cámara, de una banda terrorista. Se trata de una iniciativa unilateral que, de llevarse a efecto, supondría la irremisible salida del País Vasco, no sólo de España, sino de la Unión Europea.

Se trata de una iniciativa unilateral que no respeta a quienes ostentan la titularidad de los derechos históricos, que son los llamados territorios forales de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa. Y se trata, en fin, de una iniciativa unilateral con la pretensión de desmoronar todo el edificio de estabilidad institucional, jurídica y política, que ha supuesto la Constitución vigente y que es el que ha permitido precisamente estos veinticinco años, los mejores veinticinco años de la historia contemporánea de España.

Por todas y cada una de esas razones el Gobierno rechaza esa iniciativa y se opondrá a ella, tanto política como jurídicamente, con todas sus consecuencias.

Quiero decirles que tenemos que ser conscientes de que el nacionalismo vasco eleva hasta la exasperación su apuesta por la ruptura, no por la debilidad del sistema constitucional que disfrutamos, sino precisamente por lo contrario: por su fortaleza actual. Se rompe con todo lo existente porque se están debilitando los dos pilares de la hegemonía política del nacionalismo vasco: el primero, el complejo de inferioridad que históricamente ha existido en sus adversarios políticos; el segundo, el agotamiento de una violencia terrorista que se condena en términos morales, pero que se aprovecha para amedrentar a una oposición que tiene que vivir permanentemente protegida por escoltas.

El Gobierno nacionalista vasco ha decidido no respetar las reglas del juego. Ésta es su propia decisión y tendrá, por tanto, que afrontar las consecuencias que se derivan de ella.

El Gobierno no va a perder el tiempo lamentando la maniobra inconstitucional en marcha, sino que se verá obligado a cumplir con su deber de defensa del orden constitucional, y así lo hará.

El desafío está planteado al conjunto de la sociedad española, y todos y cada uno de nosotros nos veríamos gravemente perjudicados si se instalara el precedente de un partido político que puede llevar adelante una iniciativa unilateral al margen de la Constitución, aprovechando que una banda terrorista mantiene bajo amenaza de muerte a los que se opongan a ella.

Por ello pido una activa movilización en contra de esta iniciativa a toda la sociedad española, una movilización tan pacífica como firme, tan extensa como resuelta. Y

hablando aquí, en Barcelona, quiero pedir específicamente la movilización de la sociedad catalana.

Si se olvidan elementos centrales de la cuestión que está planteada, se puede llegar a la conclusión de que se trata nada más que de una legítima manifestación de pluralidad política, de una iniciativa que puede ser discutida o negociada; pero no puede ser así. No se pueden cerrar los ojos a esos otros elementos que la acompañan y que son esenciales, no puede olvidarse la amenaza terrorista que la acompaña, no puede desconocerse que la esencia de un Estado de Derecho democrático es respetar la Ley, incluso para reformarla.

Ningún demócrata, y ni siquiera quienes tienen un legítimo sentimiento político nacionalista, puede desear vivir en una comunidad política en la que haya sido aceptado el principio de los hechos consumados avalado por la fuerza de las armas.

Eso es lo que quería decir hoy y espero que todos ustedes comprendan el por qué.
Señoras y señores,

Permítanme que entre ya en la cuestión que hoy quería hablarles.

España ha cambiado mucho en estos años. La sociedad española ha cambiado, también nuestra economía, nuestra vida política, nuestra presencia internacional. Creo que es muy importante que seamos conscientes de estos cambios, porque sólo desde esa base podremos tomar las decisiones que en el futuro nos van a llevar por un camino o por otro y porque sólo conociendo qué metas ya hemos alcanzado podremos proponernos otras nuevas y estaremos en condiciones de llegar a ellas.

Esta situación distinta nos abre a todas nuevas oportunidades. Hemos conseguido salir airoso de una crisis económica internacional. Ahora es el momento de aprovechar una nueva etapa de prosperidad para lograr la definitiva convergencia con los niveles económicos y de bienestar de los países más desarrollados del mundo; una convergencia en la que hemos avanzado en los últimos años: en los últimos ocho años hemos pasado del 78 por 100 de la renta media de la Unión Europea al 86 por 100 con el cual cerraremos el año 2003.

Sin duda, se trata de una Europa que también ha cambiado y ésta es la razón por la que nos encontramos en una situación, por un lado, apasionante pero, por otro lado, que requiere una gran responsabilidad: estamos decidiendo el marco y los mecanismos institucionales de la Unión Europea.

Esta Europa de veinticinco países es, sin duda, distinta de la Europa de doce en la que España entró y mucho más de la Europa de seis que se fundó. Todos hemos de conseguir que sea no sólo una Europa diferente, sino una Europa mejor, más próspera, más creativa, más competitiva.

Yo quiero saludar especialmente en esta ocasión a los representantes de nuestros nuevos socios de Europa del Este que hoy nos acompañan. Ellos saben la importancia que tiene para nosotros contar con su amistad y con su colaboración. Sin la menor duda, la apertura de la Unión Europea hacia el Este era una cuestión de justicia histórica, puesto que solamente un telón de acero les impidió estar presentes desde primera hora. Pero no

es sólo eso, soy de los convencidos que una Europa más amplia es una fuente de oportunidad para todos, para los nuevos y para los que habíamos entrado anteriormente.

Quiero recordar que también, cuando España firmó su Tratado de Adhesión, había quien pensaba entre los anteriores socios que podríamos ser un lastre para el progreso europeo o un factor de competencia desleal. Creo que hoy, afortunadamente, nadie puede sostener esa idea. El ingreso de España nos benefició a nosotros y a todos, y el ingreso de diez nuevos países les beneficiará a ellos y también a nosotros.

La nueva Europa de los veinticinco ofrece a las empresas españolas nuevos mercados y nuevas oportunidades de inversión, y nos va a obligar también a reforzar nuestros niveles de exigencia.

Hace unos días el diario "La Vanguardia" recogía un estudio internacional según el cual España, entre 1995 y el año 2002, era el país del mundo que más empleo industrial había creado por encima, en términos relativos, incluso de los nuevos centros de producción del Este de Europa o de Asia. Quiero decir que ése es también un éxito de nuestro país en un momento en el cual las empresas se mueven libremente, y es también uno de los retos para el futuro, porque España y también Cataluña tienen que seguir siendo capaces de atraer inversiones.

Seguimos avanzando, y ustedes lo saben, para alcanzar nuestros objetivos de empleo. Aquí ustedes lo conocen y lo viven: tres provincias catalanas están ya en el umbral del pleno empleo. Si en estos años se ha producido un gran cambio social y creo que más de 4.200.000 nuevos empleos justifican esta afirmación: un gran cambio social y silencioso, ahora tenemos que aspirar a mejores empleos.

Para ganar en competitividad y en productividad tenemos que perseverar en las reformas, buscar la excelencia en la Educación, superar definitivamente nuestra desventaja en lenguas extranjeras, incorporar la innovación y las nuevas tecnologías a las empresas. Pero ninguno de estos esfuerzos dará frutos si ponemos en riesgo la estabilidad del marco institucional o nos replegamos en localismos que pongan fronteras a las oportunidades.

Se ha producido un gran cambio estructural en nuestra economía y debemos continuar, porque es posible, por el camino del crecimiento sólido y sostenido. La economía española lleva ocho años de crecimiento económico por encima de la media europea; un ciclo largo de expansión a un promedio superior al 3,4 por 100 anual. En los dos últimos años hemos sido el país con mayor tasa de crecimiento del empleo de la OCDE y los datos de empleo que hemos conocido el viernes pasado sitúan el número de empleados en España en 16.817.800 personas, más que nunca antes en nuestra historia. Apenas doce millones de españoles trabajaban en el año 1996.

Sólo en los últimos doce meses, un año muy complicado para la economía internacional, llevamos 460.000 nuevos empleos creados, de los cuales el 70 por 100 han sido ocupados por mujeres. Y en un año en el que en Europa no se ha creado empleo, incluso se ha destruido trabajo en muchos países, en España se han creado 1.263 nuevos empleos todos los días.

Sin duda, lo más relevante para el momento actual es que hoy contamos con bases económicas sólidas para aprovechar la recuperación en mejores condiciones y todas las previsiones, españolas y extranjeras, anticipan que en 2003 y en 2004 seguiremos creciendo y avanzando en nuestra convergencia con Europa.

Queridas amigas y amigos,

Decía antes que doy mucha importancia a explicarme, por lo menos a intentar hacerlo, y yo en estos años me he esforzado en hacerlo con especial intensidad en Cataluña. Creo que Cataluña es y tiene que seguir siendo central, y nunca periférica o alejada.

Quiero decirles que Cataluña también ha cambiado en estos ocho años. Se podrá decir, y con razón, que Cataluña ya era motor de España en 1996, y se podrá decir, y con razón, que Cataluña ya era motor de España mucho antes de 1996. Pero estarán de acuerdo conmigo en que un motor con un 20 por 100 de paro era un motor con menos caballos de potencia que un motor casi con pleno empleo.

En los últimos ocho años Cataluña ha acumulado un crecimiento económico próximo al 25 por 100 y un crecimiento que ha sido capaz de generar 700.000 nuevos puestos de trabajo en Cataluña. Los datos de empleo publicados el viernes, si son un récord histórico en España, revelan también un récord histórico de ocupación en Cataluña: 2.892.900 personas, 87.500 nuevos empleos en los últimos doce meses.

Yo creo, y ustedes lo dirán, que el tejido empresarial catalán se desenvuelve en un entorno más estable, con buenas condiciones de financiación, con un modelo económico que apuesta por la libertad reduciendo las cargas que soportan los que crean riqueza en la economía, con un país que colabora con ellos abriendo puertas al exterior; un país que puede plantearse con perspectivas de éxito retos tan importantes como la posibilidad de albergar aquí el Proyecto ITER.

Los catalanes, como el resto de españoles, son más dueños que nunca de su propio futuro. Lo son porque cuentan con menos impuestos y con más eficiencia, lo son porque se sienten más seguros respecto del futuro, porque contamos con la certeza de tener una Seguridad Social con superávit. Hoy la Generalidad de Cataluña gestiona 6.000 millones de euros más que en 1996, es decir, un billón de pesetas más que en 1996. El Presupuesto de la Generalidad de Cataluña ha crecido en un 60 por 100 en estos años y con unos recursos por vía impositiva que se han multiplicado por seis.

El Gobierno ha querido, por otra parte, en todo momento contribuir a que se mantenga ese carácter central de Cataluña y lo ha traducido en inversiones importantes. De hecho, la inversión del Estado en Cataluña ha crecido año tras año y la inversión por habitante en Cataluña está por encima de la media nacional. Yo sé que se discute de estas cosas, pero yo voy a dar los datos, nada más.

Cataluña es la Comunidad Autónoma más beneficiada por el Plan de Infraestructuras 2000-2007, con una inversión total de 14.100 millones de euros, 2,3 billones de las antiguas pesetas. Si durante el período 90-95 la inversión en infraestructuras en Cataluña representó en promedio el 8 por 100 del total nacional, en los años 2001 y 2002 ese porcentaje ha sido más del 18 por 100 del total nacional; años en los que, además, se ha puesto en marcha un definitivo modelo de financiación que ha llevado al

máximo posible autogobierno a Cataluña. Este Plan es un plan que no consiste tan sólo en mejorar las conexiones de Cataluña con Madrid, sino que es una apuesta por una malla mucho más acorde con nuestra realidad plural. Es el caso del Eje del Mediterráneo con conexión de ferrocarril de Alta Velocidad o es la ampliación del Prat.

Yo creo, y lo digo, y lo digo porque lo creo y porque los datos así lo avalan, que a Cataluña le han sentado razonablemente bien las políticas aplicadas por el Gobierno estos años y creo que hasta ahora Cataluña ha sabido interpretar correctamente su papel en la nueva realidad de España. Ha contribuido decididamente a la estabilidad que tantos frutos nos está dando; ha contribuido y contribuye a superar los desequilibrios territoriales, porque será también una de las más beneficiadas de un desarrollo regional integral.

Creo que ése es el espíritu que debe imperar en la Cataluña del futuro, un espíritu al que ya aludía Cambó cuando decía: "en un país no puede haber oasis; si con toda su fuerza y vitalidad una región obtiene un gran progreso y no lo comparte con los demás, sólo lo gozará precariamente, porque al fin lo ha de perder".

España, y con ella Cataluña, ha cambiado. La realidad de España es hoy bien diferente, es una realidad plural y abierta; una comunidad integrada por personas más diversas, y Cataluña comparte también muy especialmente esa diversidad y esa pluralidad. Por eso creo que la Cataluña de hoy y los catalanes de hoy no pueden permitir el lujo de encerrarse. La Cataluña de hoy es heterogénea y plural, como lo es toda España, y replegarse sobre uno mismo, levantar barreras, forzar nuevas homogeneidades, es empobrecerse, es anclarse, es dar la espalda a un presente y a un futuro de oportunidades.

Lo que yo propongo es que situemos nuestro foco de atención y nuestra voluntad en que Cataluña continúe su papel de liderazgo en el progreso de España; continuar colaborando entre el Gobierno de la Nación y la Generalidad y los municipios catalanes para que esta Comunidad mantenga su pujanza entre las grandes regiones europeas; trabajar para que cada vez sean más las grandes empresas que inviertan en Cataluña creando riqueza y creando empleo, y eso, amigas y amigos, es difícilmente compatible con el ensimismamiento o con la inestabilidad que hoy a menudo se nos propone.

Tenemos en el horizonte cercano, especialmente en Cataluña, nuevas elecciones, nuevas oportunidades para que los ciudadanos decidan, para que los catalanes y todos los españoles decidamos con nuestro voto qué pasos queremos dar y en qué dirección queremos ir. Por mi parte, deseo, y seguro que comparto con ello los deseos de una gran mayoría de ciudadanos, que los catalanes y todos los españoles continuemos avanzando por la senda de la estabilidad que tantos frutos nos ha reportado y que tan buenos frutos nos seguirá dando en el futuro.

Ayer fueron los madrileños quienes tomaron una decisión que me parece sensata: una decisión de estabilidad, de moderación y de sentido de la responsabilidad. Conocemos los escasos beneficios que reporta la confrontación, conocemos muy bien las ventajas que representan la cooperación y la convivencia. Tenemos ante nosotros problemas concretos, retos sustantivos que requieren nuestra máxima atención, nuestra máxima dedicación de trabajo, y dedicar energías, atención, esfuerzo, a inquietudes artificiales es retrasar la respuesta que debemos dar al país y a los ciudadanos, es demorar el

cumplimiento de lo importante, es aplazar la cita con un mayor bienestar, con la prosperidad de vida, de los catalanes y de todos los españoles.

Yo, sinceramente, creo que muchos, creo que la mayoría, queremos un presente y futuro de estabilidad para Cataluña y para España; un presente y un futuro de estabilidad económica como base firme para seguir creciendo y acercándonos a la meta del pleno empleo; un presente y un futuro de estabilidad social en el que tengan su lugar natural los valores de la convivencia y del respeto a las normas; un presente y futuro de estabilidad institucional que consolide el marco de nuestras libertades, de la seguridad y de la normalidad en todos los órdenes.

Contamos desde hace veinticinco años con un pacto por la convivencia que nos ha permitido despegar en muchos sentidos. Hemos ganado mucho todos en este tiempo y tengo la completa seguridad de que tenemos un amplio margen para seguir haciéndolo. Espero que seamos capaces de conseguirlo y, si ustedes me lo permiten decir, estoy seguro de que lo conseguiremos.

Muchas gracias por su atención.